

Vasto Mundo



Lanzallamas

ESCRITORES EN VACACIONES

Bellon-Zenobi

Frente a frente:

Saer, la zona del deseo

Rosario tiene música

Montiróni en trío
Rodolfo Cholo Montiróni
Invitado, Antonio Agri

Monedas de sol
Chacho Muller

Domingo Federico
Domingo Federico
y ORQUESTA JUVENIL
DE TANGO DE LA UNR

Cuatro Caminos
Dúo Meridiano
Graciela Sansone
Luis Baetti
Dúo Eliseo

Cuchillo de palo
Cuchillo de palo

Mis 15 años
Tradicional Jazz Band

Trío 2
Trío de guitarras de Rosario

MYRIAM CUBELOS
aroma de leña verde

Aroma de leña verde
Myriam Cubeles

Bandas en Puerto
El Regreso del Coelacanto
Degrade
Potente vs Picante
La Montecarlo
Hijos del Reyna
Abrepueñas

II Suite Argentina
Eduardo Falú
y ORQUESTA DE CÁMARA
MUNICIPAL DE ROSARIO

El apagón
Keyser Soze

Memoria musical
rosarina
Antonio Ríos

Memoria musical rosarina
Fernando Tell

Música Popular Rosarina

Los Huahuitas

Fernando
Montalbano

Calle 6

Martina
y Cla.

:e(m)r;

Un nuevo disco de la serie Música Popular Rosarina que reúne a las cuatro propuestas ganadoras del concurso realizado en 1999 por la Editorial Municipal de Rosario, a través de su sello Ediciones Musicales Rosarinas, para la producción integral de una edición discográfica conjunta. El jurado, integrado por los músicos Eduardo Lagos y Javier Malosetti y el crítico Claudio Kleiman, seleccionó al conjunto de tango contemporáneo Calle 6, al guitarrista y compositor de jazz Daniel Martina y al cantautor Fernando Montalbano, todos ellos de extensa actividad profesional, y al juvenil grupo folclórico Los Huahuitas.

El conjunto, más allá de las particularidades estéticas de cada propuesta, refleja una vez más la vitalidad y diversidad que hicieron trascender a la música rosarina, y que siguen siendo sus principales marcas de identidad.

En venta en disquerías y en el stand de la Editorial Municipal de Rosario
y UNR Editora, peatonal Córdoba y Corrientes

:e(m)r;



La zona del deseo

NOTA DE TAPA

Texto: Elvio E. Gandolfo Fotos: Alejandro Rosendo

Desde fines de los 50 Juan José Saer comenzó a escribir una obra que con el paso del tiempo se convertiría en una de las más destacadas de la literatura argentina. El escritor nacido en Serodino creó un universo al que le gusta denominar como «la zona». Allí viven sus personajes y la geografía tiene el sabor de lo santafesino, aunque también hay material que remite a la experiencia europea del

narrador, que vive en Francia desde los años 60. Hoy el mercado y los medios culturales lo ubican como el escritor argentino vivo más importante. En esta nota habla de sus inicios, de su vida cotidiana en Santa Fe y en Rosario, donde él siente que recibió el espaldarazo para encaminarse definitivamente al mundo de la literatura, donde hoy brilla sin sombras.

TIENE un cráneo poderoso, sólido; la mirada frontal, aumentada cuando se coloca los anteojos; la nariz ganchuda en medio de los

ojos que miran con extrema atención, como tomando nota narrativa o perceptiva de todo, de modo automático, fructivo. Ha venido a Rosario invitado a participar en el VIII Festival Internacional de Poesía, en el preciso momento en que reedita por segunda vez su único libro de poemas, paradójicamente titulado «El arte de narrar», y a pocas semanas de la aparición de «Lugar», un libro de relatos. A medida que hablamos en el vestíbulo del hotel donde para, se suceden diálogos con otros participantes del Festival que están en otros cuartos y con quienes se ha visto por última vez en Europa, llamadas para combinar otros reportajes, otra para recordarle que al día siguiente uno alumnos quieren filmar unas declaraciones sobre la Escuela de Cine de Santa Fe en la época en que él daba clases allí. Comenta que lo tiene preocupado la salud de una hermana que fue atropellada por un ciclista en Santa Fe, no pierde el hilo de las respuestas, y a partir de cierto momento saca un aparato contra el asma y se lo lleva cada cierto tiempo a la boca. En general llama la atención un estado de extrema disponibilidad, y un gran entusiasmo casi juvenil por todo lo que tenga que ver con la literatura, que se repite al otro día en la charla del Parque de España. Después de unos 40 minutos, con cierta picardía, uno le dice: «¿Te parece bien si cortamos acá?», y la mirada le brilla más que nunca, se le acentúa la sonrisa: «Sí, sí, me parece perfecto».

Como en las últimas semanas estuvo leyendo todo lo escrito por Saer en Santa Fe, hasta ese borde de quiebre que fue «Cicatrices», le pidió que hablamos de esa época. Empieza a hablar de la búsqueda, de los tanteos formales, pero le preciso mejor: ¿qué lea, en qué trabajaba, cuál era la fragua personal. Como ya ha declarado muchas veces, dice que hasta los 16 ó 17 años leía casi exclusivamente poesía.

—¿Dónde conseguías los libros?
—Por empezar había una biblioteca, la Biblioteca Pedagógica de Santa

Fe, a la que iba regularmente. Y otra cerca de casa, la Biblioteca Cosmopolita (sonría), fundada por viejos anarquistas. Un hermoso local donde ahora funciona el Instituto de Extensión Universitaria. En esos lugares sacaba libros regularmente. Después había buenas librerías en Santa Fe: muy buenas librerías. Estaban muy bien surtidas, no sólo en literatura argentina sino también en literatura extranjera. Yo compraba libros en francés, en inglés, había libros en alemán, en italiano también. Estaban los Livres de Poche, los libros de Penguin... Había muchas novedades, y mucho material de fondo, además.

En las mesas de saldo recuerdo que compraba volúmenes de las Obras Completas de Freud, libros de Santiago Roeda, «Mientras agonizo», de Faulkner. También había muchos cineclubes, teatros independientes...

—¿Había más de un cineclub?
—Por supuesto. Había cuatro. Primero estaba el cineclub nuestro, al cual íbamos, que se llamaba Núcleo. Algunos amigos formaban parte de la comisión, era el cineclub laico. Había otro de los curas, pero con el que competíamos, a ver quién daba mejores películas: tratábamos de conseguir un título antes de que lo consiguiera el otro. Lo manejaban los je-

«No tuve alguien que me guiara, porque yo era una personalidad inquieta y anárquica. Pero escuchaba lo que hacían y veía lo que leían los otros».

suitas, con espíritu de apertura. Había otro cineclub que se llamaba... ¿Gente de cine?, de gente joven. ¿Cómo era? Ya sé: Núcleo Joven, para adolescentes. O sea que eso ya era una especialización por edad. En ese momento había en Santa Fe una orquesta sinfónica, dos o tres teatros independientes. Estaba la Escuela de Cine. Por otro lado estaba Rosario, con su Facultad de Filosofía, alrededor de la cual gravitaban poetas y es-

critores, sobre todo poetas, y algunos pintores. Y algunos profesores y estudiantes de filosofía, con los cuales teníamos mucha afinidad intelectual.

—¿Tenías alguna especie de guía, alguien mayor...?

—No, no. Pero yo los conocía y me... No era que me guiaran, porque yo era una personalidad extremadamente inquieta y anárquica. Pero escuchaba lo que hacían y veía lo que leían los otros. ¿Viste que los

escritores aprenden a leer leyendo lo que leen otros escritores? Ahí había una generación anterior, que era la gente del grupo Adverbio, entre los que estaban Hugo Mandón, José Luis Vittori, Hugo Gola, con los que estuve en contacto. En Rosario había gente como Aldo Oliva, Hugo Padellietti, a quienes admiraba mucho.

—¿Cuál era tu lugar de lectura?
—Mi casa. En casa de mi padre había un pequeño cuarto de servicio.

—¿Tenía negocio tu padre?
—Sí.

—¿Dentro de la casa?
—Nosotros nos mudamos a Santa Fe en el año 1948, 49. A partir de 1954 mi padre había hecho construir una casa, con dos salones, en uno de los cuales tenía el negocio, en el centro. El era fabricante de ropa de trabajo.

—Tipo Graña...
—Eso. Vivíamos en un barrio un poco como es aquí en Rosario la calle San Luis, donde alternaban los comercios de árabes y judíos: ropa, mercaderías... Todos mayoristas. ¿eh? Nuestra casa estaba arriba, y en la terraza había dos cuartos. Uno lo había hecho construir mi padre para que fuera un cuarto de estudio, para mi hermano y para mí. El estudiaba química y yo estaba en secundaria...

—¿Sos el mayor?
—Sí: somos cuatro. Dos mujeres y un hermano mayor que viene internamente antes que yo, y que murió hace dos años. Vivía en Rosario.

—¿A alguno de los demás lo atraía también la lectura?

—Claro. Mi hermano cuando adolescente leía mucho y escribía obras de teatro. Eso ya ocurría cuando estábamos todavía en Serodino: él me llevaba cuatro años. Cuando pasamos a Santa Fe yo tenía 11 y él 15. En Serodino, mi padre tenía ramos generales, y el negocio estaba junto con la casa, en una esquina. Era una de esas casas enormes de pueblo, con el negocio en la esquina, de este lado la casa de familia y del otro lado los depósitos.

—¿Qué recordás como los mayores sacudones en poesía?

—Tuve varias etapas. Empecé con el modernismo, que me enloqueció. Primero los románticos, desde luego, después los modernistas, y después



entré un poco en la onda de la poesía sencillista argentina, como Fernández Moreno, Pedroni...

—¿Un poco como reacción?

—No, fue una evolución, una revolución vertiginosa. Cada uno reproduce en su propia evolución un poco la historia del... Lo que decían los biólogos del siglo XIX: la ontogenia repite la filogenia.

—¿Escribías poesía en ese momento?

—Sí, claro. Desde muy joven.

Siempre quise ser escritor, nunca quise ser otra cosa. Quería ser poeta, fundamentalmente. Pero también escribía obritas de teatro, cuentos, generalmente satíricos. Largos poemas narrativos, satíricos. Quería hacer lo mismo que leía, me emborrachaba de palabras. Escribí toneladas de poemas.

—¿Leías prosa también?

—Empecé a leer prosa alrededor de los 12 ó 13 años: novelas de aventuras y novelas policíacas. Muchísimas policíacas. Y algunas un poco clásicas. La primera novela que me acuerdo era muy jovenita, todavía en Serodino, fue «Moby Dick».

—Casi nada...

—No, ojo, en una versión abreviada, aunque era un libro grande, con ilustraciones. Eso me marcó duramente. En el 60 el otro gran salto fue cuando empecé a leer la poesía de vanguardia, influido por Gola y demás. Ya éramos un pequeño grupo con una relación estrecha, de culo y camisa; andábamos todo el día juntos, íbamos a comer asado, caminábamos y conversábamos hasta la madrugada. Gola ya estaba casado, tenía su primera hija. De modo que estaba un poquito más... tenía obligaciones. El me llevaba diez años. Yo tenía 17 y él 27. Después yo tenía 20 años y él tenía 30; dos mundos totalmente diferentes. Pero seguimos muy amigos hasta ahora.

—¿Recordás cómo llegó el salto a la literatura norteamericana y europea?

—Claro, me acuerdo incluso del día. Un día inolvidable para mí. Llegué a casa un sábado por la mañana y tenía un paquete de la editorial Aguilar, que había comprado. Había algunos libros de filosofía de la pequeña Biblioteca Filosófica, unos libritos griegos. Y había textos narrati-

vos. Entre ellos un volumen de la colección de premios Nobel: de Faulkner. Ahí leí «Mientras agonizo». Lo leí ese mismo día, lo terminé, sin poder parar. Tengo un artículo escrito que se llama «El mundo transfigurado». Porque realmente fue eso: el mundo después de leerlo era otro mundo. Yo estaba enamorado de una chica que como de costumbre no estaba enamorada de mí. Volví a casa ese sábado a la mañana, después

montado. En el diario creo que entré en noviembre del 56. Eran los días de la guerra del canal de Suez, fue de las primeras cosas sobre las que escribí. Y me fui creyendo que en marzo o abril del 59. Hice un poco de todo. Hubo un pequeño escándalo, porque en la página literaria me publicaron el cuento «Sola», que está en «La zona», y hubo protestas y presiones. Ahí renuncié. Entonces me vine a Rosario, a estudiar, rendí



de estar con ella, en un estado de depresión y tristeza. Almorzamos y subí a mi pieza. Era un sábado lluvioso. Me senté y empecé a leer. Cuando terminé me había olvidado de todo, estaba en un estado de euforia total. Salí corriendo a la calle, en el sábado de noche, a buscar con quien comentar aquello. Ahí empezó todo: Joyce, Proust, Kafka, Borges. Debe de haber sido en el 55, porque a Borges en el 56 ya lo había leído. Tenía 18 años.

—¿Habías terminado la secundaria?

—Sí. Había empezado Derecho. Después dejé y empecé a trabajar en el diario «El Litoral», al año siguiente, con 19 años. Fue una experiencia linda. Pero tenía conflictos con mi padre, porque quería que siguiera estudiando, o que trabajara con él en esa industria que había

algunas materias en la facultad. Estuve yendo y viniendo unos seis meses, hasta finales del 60. Adolfo Prieto, con quien almorcé hoy, era decano en ese momento y me dijo: «¿Qué va a hacer acá, Saer? No vale la pena». Pero al final terminé como profesor, aunque no porque tenga vocación; las cosas se fueron dando. Acá en Rosario pasé algunos meses maravillosos. Conoci a otros poetas rosarinos de inmenso talento: Aldo Oliva, por ejemplo. A él lo conocí en el 58, porque fue a Santa Fe como secretario de Ramón Alcázar, que había sido nombrado ministro de Educación en el gobierno provincial.

—¿Dónde vivías en Rosario?

—En una pensión de la calle Maipú, con otro poeta: Rubén Sevlever. Vendí libros a domicilio aquí, en la distribuidora Atenas, con Fernández,



La zona del deseo

a quien por supuesto llamábamos Fernández de Atenas. En parte inspiré el personaje de «Lo imborrable», que se llama Alfonso de Bizancio.

—Ese es un libro que me gusta especialmente, pero no tuvo buena crítica. Tal vez porque es más directo que el resto...

—Es un libro que desconcertó mucho. Incluso mi editora francesa me dijo un día: «José: ¿por qué es tan cruel y ácido?» Como queriendo decir: usted es un escritor exquisito, ¿por qué se mete en estas cosas? Le dije: «Mire, es un arreglo de cuentas con mi época. Lo siento mucho».

—Con «Responso» y el peronismo pasa algo parecido.

—Es cierto. Siempre digo que nunca recibí malas críticas. Pero no es así. En «Primera Plana» atacaron ese libro a causa de eso; decían que

yo editorializaba. Yo jamás fui peronista. Claro, como yo no insultaba, no criticaba, tenía una mirada objetiva, eso los irritaba.

—Está la zona de tus amigos, la literatura, etcétera. Y por otra parte la de «El taximetrista», o «Palo y hueso», con la gente de la costa. Ahí hay figuras clásicas, como la del mafioso y la mina del mafioso, pero con un tono totalmente santafesino.

—Bueno, se hicieron tres adaptaciones al cine de «El taximetrista», y en una el director Dino Minitti viste al personaje del mafioso con un traje blanco, una flor en el ojal, y zapatos de dos colores, y eso cambia por completo el sabor de la novela. Ahí es un tipo en mangas de camisa, perducida, en la zona de la estación de omnibus; completamente otra cosa. El ambiente de los pescadores y la

gente del río yo lo había absorbido mucho cuando viví seis años en Colastiné Norte. Era un campo muy cerca del río, adonde me mudé cuando me casé. Antes había recorrido mucho esos lugares, porque un amigo tenía un motel allí. Incluso ahora, aunque hay más construcciones, no llega a pueblito: es un paraje. Río, monte de espinillos, suelo arenoso, con algún criadero de gallinas.

—¿De qué vivías ahí?

—No; seguía trabajando en Santa Fe, que queda muy cerca. Había colectivos, pero no como los de ahora, que son urbanos. Eran interurbanos, y con los años fue habiendo cada vez más. Al principio, en 1960, había a lo mejor tres por día, que ni siquiera iban exclusivamente ahí, seguían. Después poco a poco empezó a haber más. Recuerdo cuando inauguraron la línea 19. Un día subimos y nos contaron que los tipos de la concesión, y los clientes que subieron en la primera parada, no llegaron a la ciudad, sino que se fueron a una boite a celebrarlo. Los colectiveros andaban siempre borrachos. Por eso nosotros le pusimos de sobrenombre a la línea «El Inconiente Colectivo».

—Tus primeros libros salieron editados tanto acá, en Santa Fe o Rosario, como en Buenos Aires.

—En aquella época no era tan fácil publicar. Estuve cuatro años dando vueltas con «Palo y hueso», que salió en Camarda Junior. Hoy lo recordaba con Krasnitsky; estaba en la librería de él cuando llegó el gringo Camarda. Un chanta... Pero que publicó varios libros: Daniel Moyano, Ricardo Piglia, creó la revista «Nueva Sociedad». Yo ya tenía «Responso» en Jorge Alvarez y él editó «Palo y hueso». Saltó lleno de erratas, porque él era gringo, y el mismo corregía las pruebas. Yo le decía: «Gringo, me tradujiste el libro al cocolicho». Creo que ahora tiene una pizzería en Roma.

—¿Cómo es tu actividad en París?

—Doy clases de literatura en Rennes. Estoy dando por ejemplo literatura fantástica rioplatense, con una pequeña antología de textos: Felisberto, Borges, Quiroga. Los trato un poco teóricamente y después predico con el ejemplo. ■■